# ANTONIO MACHADO, PROFESOR DE LITERATURA

POR

ENRIQUE CASAMAYOR

## LOS CUATRO PROFESORES

ENTRE lo no mucho escrito sobre diversos aspectos de la vida y obra de don Antonio Machado sorprende a primera vista la casi nula atención dedicada a las actividades profesorales del poeta español. Tanto la lírica y la filosofía como la poética y hasta la política (?) de Machado han sido objeto de especulación varia. Por el contrario, la biografía de nuestro primer poeta contemporáneo tiene aún por resolver muchas incógnitas, indispensables para la certera comprensión de aquel gran mundo de complejidades riquísimas que fué don Antonio. En la única biografía hasta ahora impresa (1), su autor, Miguel Pérez Ferrero, pasa como sobre ascuas sobre el tan humano y sugeridor tema del Machado profesoral. Pocos datos conocemos. No obstante, sabemos con certeza que don Antonio abandona Madrid en 1907 para hacerse cargo de su cátedra en Soria, y que a la muerte de Leonor, en 1912, se traslada a Baeza, donde permanece hasta 1919. Sabemos también, por una aportación de indudable valor anecdótico para la biografía de Machado, que éste tuvo parejo a su gran amor castellano por Soria, el amor

(1) MIGUEL PÉREZ FERRERO: *Vida de Antonio Machado y Manuel*. Prólogo del doctor Gregorio Marañón. «El Carro de Estrellas». Ediciones RIALP. Madrid, 1947, 330 págs. + 1 retrato.

no nacido por Cuenca, que quiso y no pudo vivir. Nuestro profesor solicita desde Baeza—hacia 1916—su traslado a la Ciudad Encantada. Nos lo dice el siguiente autógrafo de don Antonio, fragmento de un borrador epistolar dirigido a cierto profesor de francés del Instituto conquense: «La pereza de cambiar de residencia y las instancias de mis compañeros de Baeza fueron causa de que no acudiese a dicho concurso. Después he sabido que usted había sido nombrado para ocupar la indicada vacante.

»Pensando en el caso posible de que usted no tuviese interés marcado en permanecer en la cátedra de Cuenca, me atrevo a proponerle a usted la permuta conmigo, si el Instituto de Baeza fuese de su agrado y encontrase en él algún aliciente o ventaja.»

El traslado a Cuenca no llegó a efectuarse. Sabe Dios si este intento frustrado de don Antonio haya sido causa de que Cuenca no viva para siempre—como Soria, como Baeza—entre las mejores páginas de la literatura castellana (2).

Fallido su intento de traslado a Cuenca, Machado consigue cátedra en Segovia en 1919, hasta 1932, en que se traslada definitivamente a Madrid, donde se le provee cátedra en un Instituto de nueva formación. Luego la guerra—1936—acaba para siempre con sus prácticas de profesor de francés.

¿Cómo era don Antonio, profesor? Quien no haya sido alumno suyo—entre los poetas españoles cuentan dos: Alfonso Moreno y Dionisio Ridruejo, que lo fueron ambos en el Instituto de Segovia—no acertaría a imaginarlo si no es a través de la numerosa estela perceptible frecuentemente en las accidentadas aguas del *Mairena*. Pero ocurre que en estas prosas machadianas, aparte del Machado de carne y hueso, profesor de francés implícito y presente, viven dos profesores más, ambos apócrifos y, como es de todos conocido, complementarios de don Antonio, según la famosa teoría de «la esencial heterogeneidad del ser». Estos dos profesores se llaman Juan de Mairena y Abel Martín.

A este triunvirato de profesores hay que añadir un cuarto: Antonio Machado, profesor de Literatura. Acaba de salvarse un cuaderno de apuntes, uno de esos cuadernos escolares con cubiertas de hule negro y papel pautado, en el cual se extracta, hombre por hombre, la historia de la literatura española del Siglo de Oro. El cua-

---

(2) Y ¿quién sería este profesor de francés en el Instituto de Cuenca, responsable de este desaguisado para la poesía española? No lo sabemos, aunque no sería difícil dar con él en el escalafón profesional de la época. Pero quizás sea el anonimato su mejor castigo, por que no venga a caer, a los seis lustros de cometido el crimen, en la soberbia negativa y un poco tonta de Eróstrato, el incendiario.

derno, escrito en Baeza, sin fecha precisa, sirvió para que don Antonio diese en el Instituto sus lecciones de Literatura como profesor agregado. Profesor de Literatura. He aquí, siquiera modestamente, he aquí cumplido uno de los anhelos intelectuales más secretamente doloridos de Machado.

Y aquí tenemos a los cuatro profesores que nos inventa don Antonio Machado: *Abel Martín*, profesor de Filosofía; *Juan de Mairena*, profesor de Retórica; *Antonio Machado*, profesor de Literatura, y *don Antonio Machado*, profesor de Francés.

¿Qué sabemos de ellos? De Abel Martín se nos dice (3) que fué poeta y filósofo; que nació en Sevilla (1840) y murió en Madrid (1898); que dejó una importante obra filosófica: *Las cinco formas de la objetividad, De lo uno a lo otro, Lo universal cualitativo* y *De la esencial heterogeneidad del ser;* que publicó en 1884 un libro de poemas, *Los complementarios*, y que fué maestro de Mairena.

De éste no sabemos mucho más (4): «Poeta, filósofo, retórico e inventor de una Máquina de Cantar. Nació en Sevilla (1865). Murió en Casariego de Tapia (1909). Es autor de una *Vida de Abel Martín*, de un *Arte poética*, de una colección de poesías: *Coplas mecánicas*, y de un tratado de metafísica: *Los siete reversos*. Y aquí se añade que fué profesor particular (4 bis), y discípulo de don Abel. Lo que además de todo esto sepamos de Mairena, nos lo dan los apuntes tomados «de oído» por sus discípulos, según consta en el *Juan de Mairena* machadiano (5).

Aún menos noticia encontramos de Antonio Machado, profesor

---

(3) ANTONIO MACHADO: *De un cancionero apócrifo. Abel Martín.* Págs. 353-354 de *Obras.* Laberinto. Ed. Séneca. México, 1940. 929 págs. Todas las citas del *Mairena* se refieren a esta misma edición.

(4) *Ob. cit.*, pág. 386.

(4 bis) Juan de Mairena, inteligencia paradójica y desconcertante, unía sus actividades privadas como profesor de Retórica y de Sofística a las más vulgares y crematísticas de la educación física de jóvenes aspirantes a bachilleres. Machado nos lo dice con toda claridad: «Sabido es que Mairena era, oficialmente, profesor de Gimnasia y que sus clases de Retórica, gratuitas y voluntarias, se daban al margen del programa oficial del Instituto en que prestaba sus servicios.» *(Ob. cit.*, página 509). Su afición profesoral a la Retórica contrasta fuerte e irónicamente con el carácter oficial de su enseñanza, por la que, según parece, no sentía grande amor: «Siempre he sido—habla Mairena a sus alumnos de Retórica—enemigo de lo que hoy llamamos, con expresión tan ambiciosa como absurda, *educación física.* Dejemos a un lado a los antiguos griegos, de cuyos gimnasios hablaremos otro día. Vengamos a lo de hoy. *No hay que educar físicamente a nadie.* Os lo dice un profesor de Gimnasia.» *(Ob. cit.*, págs. 508-509.)

(5) En la primera edición del *Juan de Mairena* (Madrid, 1936) el dibujante José Machado, hermano de don Antonio, nos da una fantástica versión plástica del profesor apócrifo. Abundante cabello, enjutas las jóvenes mejillas, la boca de piñón, peligrosamente femenina, la silueta casi becqueriana... No acertamos a imaginar entre estos rasgos al metafísico tratadista de *Los siete reversos.*

de Literatura, de no atenernos al campo profesional de su docencia literaria. Y de ello haremos capítulo aparte.

Por último, de don Antonio, profesor de Francés, nos asiste un conocimiento mayor. Para nuestra holganza, en abril de 1917 redacta una corta «Nota autobiográfica» (6), donde se nos transmite algún rasgo interesantísimo de su personalidad. Pero no es suficiente. Don Antonio Machado está en su obra entera; ella nos absuelve de cualquier intento de síntesis (7).

Sin embargo, apenas se le conocen detalles, sacados de un casi inexistente anecdotario profesoral. ¿Qué pensaría Machado de la enseñanza del francés, y qué del francés mismo? Imaginamos a don Antonio lector de abundante bibliografía francesa: poesía, literatura, filosofía...; hablando un idioma repleto de resonancias e ideas oídas en París a Bedier y, sobre todo, a Henri Bergson, a cuyas lecciones asiste durante su estancia en la capital parisina en 1911 (8). Le acompaña Leonor en los días que precederán al descubrimiento de la terrible dolencia que acabará con la esposa.

Algo más se conoce de sus horas privadas. Al margen de las clases, Machado aprovecha el asueto de la vacación para realizar excursiones a los pueblos de la provincia, en compañía de alguno de sus maestros y amigos de la Institución y de profesores del Instituto. En 1910, estando en Soria, llega hasta las fuentes del Duero; desde Madrid y Segovia, visita varias veces el Guadarrama; desde Baeza extiende sus jiras por buena parte de Andalucía. Estas excursiones repercuten hondamente en la obra machadiana. Así nacen las «Canciones del Alto Duero», «Canciones de Tierras Altas», «La tierra de

---

(6) «Nací en Sevilla una noche de julio de 1875, en el célebre palacio de las Dueñas, sito en la calle del mismo nombre. Mis recuerdos de la ciudad natal son todos infantiles, porque a los ocho años pasé a Madrid, donde mis padres se trasladaron, y me eduqué en el Instituto Libre de Enseñanza. A sus maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud. Mi adolescencia y mi juventud son madrileñas. He viajado algo por Francia y por España. En 1907 obtuve cátedra de lengua francesa, que profesé durante cinco años en Soria. Allí me casé, allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre. Me trasladé a Baeza, donde hoy resido. Mis aficiones son pasear y leer.» (*Ob. cit.*, pág. 32.)

(7) El poeta nos da también una admirable versión de su persona en el poema titulado «Retrato», correspondiente a *Campos de Castilla*. (*Ob. cit.*, págs. 128-129.)

(8) Fué grande la huella que Bergson y sus lecciones del curso 1910-1911 en París dejaron en la memoria de don Antonio. La continuada presencia del filósofo francés en la obra machadiana es por demás significativa. También se encuentran referencias personales a Bergson. En el primer cuaderno manuscrito de *Los Complementarios*, Machado apunta lo que sigue: «Durante el curso de 1910 a 1911 asistí a las lecciones de Henri Bergson. El aula donde daba su clase era la mayor del Colegio de Francia y estaba siempre rebosante de oyentes. Bergson es un hombre frío, de ojos muy vivos. Su cráneo es muy bello. Su palabra es perfecta, pero no añade nada a su obra escrita. Entre sus oyentes hay (!) muchas mujeres. (*Los Complementarios*, folio 7.)

Alvargonzález» y «Hacia la tierra baja», en Soria; «Apuntes» y «Apuntes para una geografía emotiva de España», en Baeza, Sierra Morena, Torreperogil, Garciez, Sierra de Quesada..., y las numerosas ocasiones en que el Guadarrama está presente en los poemas de don Antonio.

Estos viajes a distintos lugares y regiones de España han quedado notados suscintamente en el manuscrito de «Los Complementarios». El 3 de agosto de 1914, Machado escribe: «A la vuelta de una expedición a Guadarrama, se nos dice en la Granja que la guerra es inevitable. Salimos de Cercedilla, pernoctamos en la casita de la Institución don Víctor Masriera, su señora, Pepe y yo. De la casita a La Granja, a pie; de La Granja a Segovia, en automóvil; de Segovia a Madrid, en tren.» (Carruaje e itinerarios de don Francisco Giner.) En el tren encontramos al Sr. Cossío.» (9).

El 8 de noviembre de 1924, Machado anota: «Salimos de Segovia Cardenal, Adellac y yo, para Palencia y León.» Y debajo, demostrando su preocupación por el dato emotivo y estético del paisaje español, lo siguiente: «*Viaje de España*, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella. Su autor: Don Antonio Pons, Secretario de S. M. y de la Real Academia de San Fernando, etc. Madrid, 1787.»

Días después, el 20 de noviembre: «Expedición a Pedraza. Salimos de Segovia Cardenal, Cerón y yo, a las once de la mañana, y volvimos a las siete de la tarde.»

* * *

La enjuta concisión de los datos disponibles poco nos pueden ayudar al examen comparativo de nuestros profesores. Los cuatro nacen en Sevilla (1840, 1865 y 1875), los cuatro son intelectuales puros, enterizos, totales; todos tienen de poetas, de filósofos, de retóricos, de literatos, de lingüistas en igual o parecida proporción; unos como otros observan semejante inquietud pedagógica; los cuatro son maestros de juventud; son casi idénticos; son, en síntesis,

(9) Todos los nombres citados por don Antonio son bien conocidos. Los señores de Masriera, a quienes Machado dedica el poema «Las encinas» *(Campos de Castilla)*, como recuerdo de una «expedición» a El Pardo madrileño. Pepe: José Machado, su hermano. Giner y Cossío, los dos maestros de la Institución Libre de Enseñanza. Cardenal: don Manuel Cardenal Iracheta, profesor de Filosofía en el Instituto de Segovia, joven compañero de don Antonio y gran admirador suyo. De él se conservan impresas algunas impresiones tomadas de estas jiras lírico-turísticas. José Adellac, profesor de Matemáticas del Instituto, muerto hace unos años. Y Cerón, un curioso tipo de funcionario público aficionado a la literatura, con su libro de versos y su intransigente amor por la poesía machadiana. *(Los Complementarios*, folios 16, 177 y 186 v.)

una sola cosa: la obra de don Antonio Machado, el poeta: la obra del literato, del filósofo, del retórico y del lingüista: cuatro creaciones humanas distintas y una sola verdadera. He aquí la versión práctica de la esencial heterogeneidad del ser, según nos inventa el profesor Abel Martín. Porque este cuarteto de personajes, que apócrifamente se funden en la sustancia mutable de uno solo, componen y conciertan el milagro humanamente creador de don Antonio, hombre nacido de heterogeneidades complementarias, de individualidades precisas, nítidas, independientes, pero que conjuntan y casan dando soberanía a la genial obra machadiana.

### DON ANTONIO, PEDAGOGO

«Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que sólo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes, como se ha dicho muy razonablemente, y yo diría, mejor, a sembrar preocupaciones y prejuicios; quiero decir juicios y ocupaciones previos y antepuestos a toda ocupación zapatera y a todo juicio de pan llevar» (10).

Estas palabras, puestas en labios de Mairena por Machado y dirigidas a los discípulos de aquél, muestran la bien arraigada preocupación pedagógica de la vida profesoral de don Antonio. El profesor no es el dómine adusto encargado de introducir conceptos o más bien palabras en la memoria del alumno, casi siempre a fuerza de temor y varapalo. El maestro tiene la función de despertar, de agilitar la inteligencia del hombre en ciernes, que es el discípulo, dejándole listo y aprobado para que en la vida pueda seguir pensando por cuenta propia. Para ello, el pedagogo habrá de dirigirse directamente al hombre: «El que no habla a un hombre —dice Mairena—no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie» (11).

---

(10) *Ob. cit.*, pág. 660.

(11) *Ob. cit.*, pág. 717. Este rotundo sentenciar de Mairena parece estar en contradicción con el siguiente comentario de Abel Martín: «Ya algunos pedagogos comienzan a comprender que los niños no deben ser educados como meros aprendices de hombres, que hay algo sagrado en la infancia para vivido plenamente por ella. Pero ¡qué lejos estamos todavía del respeto a lo sagrado juvenil!» *(De un cancionero apócrifo,* CLXVII (Abel Martín). *Poesías completas.* 4.ª ed. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1936, 434 págs.

La nota de Abel Martín revela un escepticismo fatalista, típico producto de su tiempo. Según él, el niño, al trasponer el umbral de la juventud, pierde casi todo el bagaje de creencias que le ilusionaron la niñez. No parece que Martín aluda a creencias del tipo de los Reyes Magos o de la cigüeña anglosajona. La incógnita se centra, ciertamente, en cuáles sean esas creencias que, según Martín, el pedagogo debe respetar en el niño.

El maestro, pues, ha de acercarse al hombre con afán de descubrirle a sí mismo la propia inteligencia, elevándole a su condición humana en alas del pensamiento (12). La enseñanza no ha de redundar, en principio, en la acumulación de saberes, del conocimiento, del dato que se archiva en la memoria, uno junto a otro. La erudición es buena sólo cuando tiene el sentido de ciencia auxiliar, útil solamente como corroboración; infecunda y muerta, como principal fundamento. De uno de estos eruditos especializados que todo lo fían al fichero, sentenciaba Mairena: «Aprendió tantas cosas, que no tuvo tiempo para pensar en ninguna de ellas.» (13). En consecuencia, el problema de todo buen formador del espíritu juvenil es prepararle para la batalla de penetrar el mundo con ojos vivos e inteligentes; enseñarle a pensar y también a sentir. Recordemos el imperativo unamuniano: «Siente el pensamiento, piensa el sentimiento», para no caer en la intelectualidad pura, deshumanizada. Esta especie de frigidez que conduce a la asepsia total del pensamiento es causa del matiz irónicamente peyorativo con que no es infrecuente que en nuestros días se moteje al intelectual de profesión. Machado estaba ya sobre ello en los primeros decires de Juan de Mairena, cuando aclara al alumnado: «¿Intelectuales? ¿Por qué no? Pero nunca virtuosos de la inteligencia. La inteligencia ha de servir siempre para algo, aplicarse a algo, aprovechar a alguien» (14). Y en tanto no se busque previamente una aplicación inmediata a la inteligencia, todo saber es tan estéril como un amor sin objeto. Bien está eso de que «el saber no ocupa lugar»; pero es conveniente discernir de saberes, ya que no de sabiduría.

Machado interpreta correctamente la gran importancia que para la formación intelectual tiene la dirección de un buen maestro. Don Antonio debió tenerlos buenos en la Institución Libre de Enseñanza, y la alusión de la ya citada «Nota biográfica»: «A sus maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud», indica la decisiva influencia que aquellos métodos formativos tuvieron sobre el sensible material humano del gran poeta (15). Y esto tenida muy en cuenta la condición—no sabemos si desgraciada o feliz—autodidacta

(12) «Nuestra misión es adelantarnos por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano.» *Ob. cit.*, pág. 636.

(13) *Ob. cit.*, pág. 725.

(14) *Ob. cit.*, pág. 640.

(15) Sin embargo, el relativismo machadiano pone unas gotas de hiel en esta hermosa y agradecida confesión. Es a Mairena a quien obliga a decir estas palabras de amargura: «Es cosa triste que hayamos de reconocer a nuestros mejores discípulos en nuestros contradictores, a veces en nuestros enemigos; que todo magisterio sea, a última hora, cría de cuervos, que vengan un día a sacarnos los ojos.» (*Ob. cit.*, pág. 533.)

de Machado, peligrosa condición propensa a deformaciones irreductibles, que es preciso vigilar atentamente, con esa vigilancia vocacional del maestro. Don Antonio, a quien difícilmente se le escapaba un pelo, nos dice, quizá pensando en sí mismo : «Nunca os jactéis de autodidactos, os repito, porque es poco lo que se puede aprender sin auxilio ajeno. No olvidéis, sin embargo, que este poco es importante y que además nadie os lo puede enseñar» (16).

De su experiencia como profesor de Instituto, Machado llega a conclusiones ya ratificadas por otros pedagogos, según las cuales existe un verdadero intercambio de aprendizaje entre maestro y discípulo. Oficialmente es el profesor quien enseña; pero también el alumno descubre verdades al profesor; verdades que éste no hubiera captado jamás de no establecerse entre ambos una ósmosis de revelaciones y descubrimientos. «Porque es el niño—confiesa Mairena—quien, en parte, hace al maestro» (17). Y a continuación : «El niño nos revela que casi todo lo que él no puede comprender apenas si merece ser enseñado, y, sobre todo, que cuando no acertamos a enseñarlo es porque nosotros no lo sabemos bien todavía» (18).

En su magisterio ejemplar, Machado no era, ciertamente, jactancioso. Su sencillez, su aspecto bondadoso, su palabra precisa y clara debieron atraer la curiosidad y la atención de sus discípulos, sobre todo en aquellos circunstanciales cursos de Literatura española en Baeza. Era nuestro profesor maestro de pocos, que nunca gustó de multitudes, ya que la masa es ineducable (19), y, por otra parte, como él decía, «para hablar a muchos no basta ser orador de mitin. Hay que ser, como Cristo, hijo de Dios.» Pensando así, no es de extrañar que, lo mismo sus apócrifos Mairena y don Abel, que el Machado literato, historiador y lingüista, fuesen maestros de discipulado restringido. Cierto que, siendo de pocos, no lo era más de minorías. El purista «slogan» de Juan Ramón : «A la minoría siempre», nada tuvo de común con don Antonio, hombre inclinado a lo popular, en la más noble acepción de este vocablo.

En las clases parece ser que nunca se le vió revestirse de las galas todopoderosas del profesor. Machado daba sus lecciones con

---

(16) *Ob. cit.*, pág. 691. Páginas antes había advertido : «Desconfiad de los autodidactos, sobre todo cuando se jactan de serlo.» Pág. 467.

(17) *Ob. cit.*, pág. 660.

(18) *Ob. cit.*, pág. 661.

(19) «Nosotros no pretendemos educar a las masas. A las masas, que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es la único que nos interesa, al hombre *in genere* y al hombre individual, al hombre esencial y al hombre empíricamente dado en circunstancias de lugar y tiempo, sin excluir al animal humano en sus relaciones con la naturaleza. Pero el hombre masa no existe para nosotros.» *(Obra citada*, pág. 637.)

natural sencillez, sin encaramarse a la tarima profesoral, de pie las más veces y paseando, mientras edad y fortaleza se lo permitieron. «Juan de Mairena hacía advertencias demasiado elementales a sus alumnos. No olvidemos que éstos eran muy jóvenes, casi niños, apenas bachilleres, que Mairena colocaba en el primer banco a los más torpes y que casi siempre se dirigía a ellos» (20).

Machado se concentra en la primera fila, la de los torpes, pero en verdad nuestro profesor no habla para quienes caminan por el mundo sin claras entendederas, con el cerebro entelarañado y tórpido. Al dirigirse preferentemente a los torpones de la vanguardia, de esa primera fila sambenitada por la ineptitud, Machado no hace otra cosa sino tratar psicológicamente la pedagogía profesoral, explícase lengua francesa, retórica, filosofía, literatura o cualquier otra disciplina. Cierto que nada extraño sería que alguna vez saltase el mal humor fuera de las casillas de la paciencia mascullando: «Un pedagogo hubo, se llamaba Herodes.» (21).

Estos malos humores de Machado no tienen repercusión, contra lo que pudiera creerse, en su postura de dómine justiciero ante el alumno caído en falta. Don Antonio era infinitamente comprensivo y tolerante con el culpable, sin que esta manga ancha en materia de justicia escolar supusiese merma de la eficacia de sus métodos formativos. La violencia de palabra y obra siempre fué motivo de censura para nuestro profesor, nada propicio al castigo físico y mucho menos al moral. No es que don Antonio fuese blando; sus intenciones pedagógicas, hondamente arraigadas en él por la ejemplaridad de sus primeros maestros, no hubieran tolerado concesiones en perjuicio de los fines propuestos. Su profundo saber de la psicología juvenil le llevó a la certeza de que el error no se cura en muchos casos con el castigo impuesto, sino más y mejor, haciendo llegar a la conciencia culpable un pleno conocimiento de la falta, de modo que el infractor sienta el peso y el dolor de ser culpable hasta el extremo de disciplinarse voluntariamente. En este sentido, las enseñanzas del *Mairena* son excepcionalmente sugeridoras,

---

(20) *Ob. cit.*, pág. 467.

(21) *Ob. cit.*, pág. 693. Sobre este aspecto de los malos humores de Mairena recogemos la graciosa anécdota siguiente: «Era Mairena—no obstante su apariencia seráfica—hombre en el fondo de malísimas pulgas. A veces recibía la visita airada de algún padre de familia que se quejaba no del suspenso adjudicado a su hijo, sino de la poca seriedad del examen. La escena violenta, aunque también rápida, era inevitable.

—¿Le basta ver a un niño para suspenderlo?—decía el visitante, abriendo los brazos con ademán irónico de asombro admirativo.

Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón:

—¡Me basta ver a su padre! (*Ob. cit.*, págs. 528-529.)

y no es difícil encontrar en sus páginas textos esclarecedores de la humanísima sabiduría pedagógica de don Antonio (22).

Don Antonio mantuvo durante toda su vida de magisterio pedagógico el criterio de la extensión cultural, de manera que la cultura no fuese privilegio de casta. En este sentido siempre creyó que el pueblo español es especialmente apto para la sabiduría, opinando agónicamente contra el criterio al uso de que lo popular está reñido con lo cultural (23). En este terreno Machado es noventayochista y europeizante. No es extraño, pues, que durante su magisterio en el Instituto de Segovia patrocinara en dicha ciudad una Universidad Popular, «institución libre con el fin de que todo el que lo desee pueda aprender lo que sepan los demás, y pueda entrever los mundos del arte y gustar con deleite de las letras» (24). Ni tampoco, que en el *Mairena* se abogue por la creación de una «Escuela Popular de Sabiduría Superior», donde la inteligencia bien ejercitada devolviese al hombre su dignidad humana (25).

* * *

(22) «Reparad en cómo yo—habla Mairena a sus discípulos—, que tengo mucho—bien lo reconozco—de maestro Ciruela, no esgrimo, sin embargo, nunca la palmeta contra vosotros. Mas no por falta de palmeta. La palmeta está aquí, como veis, a vuestra disposición, y yo os invito a que la uséis, aplicándoosla cada cual a sí mismo o sacudiendo con ella la mano de vuestro prójimo, mas siempre esto último a petición suya. Porque de ningún modo conviene que enturbiemos con amenazas el ambiente benévolo, fuera del cual no hay manera de aprender nada que valga la pena de ser sabido. Cierto que hay faltas que merecen corrección, mas son de superficie y podemos no separar en ellas, y otras, más graves, previstas por las leyes del reino. No nos interesan, desde un punto de vista pedagógico. Nuestros yerros esenciales son hondos y es en nosotros mismos donde los descubrimos. Si acusamos de ellos a nuestro prójimo, quizás no demos en calumniadores, pero estableceremos con él una falsísima relación, terriblemente desorientadora y descaminante, de la cual todo maestro ha de huir como de la peste. Porque indirectamente nos proponemos como modelo, no siéndolo, con lo cual le mentimos y le cerramos al mismo tiempo la única vía, o la vía mejor para que descubra en sí mismo lo que ya nosotros hemos descubierto. Cometemos dos faltas imperdonables: la una antisocrática, no acompañando a nuestro prójimo para ayudarle a bien parir sus propias nociones; la otra, mucho más grave, anticristiana, por no haber leído atentamente aquello de la primera piedra, la profunda ironía del Cristo ante los judíos lapidadores. ¿Y qué pedagogía será la nuestra, si nos saltamos a la torera a ese par de maestros? «Hora de España», núm. XX. *Miscelánea apócrifa. Sigue Mairena...* Págs. 9-10. Barcelona, ag. 1938.

(23) «Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría, en el mejor sentido de la palabra; un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos. Pensamos, además, que ha de agradecernos esas clases prácticas, donde puede aprender la manera más científica y económica de aserrar un tablón, y creemos inocentemente que se reiría en nuestras barbas si le hablásemos de Platón. Grave error. De Platón no se ríen más que los señoritos, en el mal sentido—si alguno hay bueno—de la palabra.» (*Ob. cit.*, págs. 631-632.)

(24) MIGUEL PÉREZ FERRERO: *Vida de Antonio Machado y Manuel.* Pág. 275.

(25) *Ob. cit.*, págs. 631 y ss.

He aquí, extractados, algunos caracteres de Machado, profesor. El maestro retratado aquí lo está de manera fragmentaria, parcialísima, como a golpe de martillo. Estos rasgos nos dan la figura noble, preocupada, inquieta de don Antonio, siempre abierto al corazón humano y a la misión intelectual que quiso proponerse.

## El «Cuaderno de Literatura»

El presente año de 1949 marca una fecha capital para el estudio biográfico y crítico de Machado. El hallazgo del primer cuaderno de «Los Complementarios», escrito en Baeza, Madrid y Segovia durante los años que van de 1912 a 1924, redundará próximamente en beneficio de un mejor entendimiento de la obra machadiana, incomprendida con frecuencia por falta de datos. Véase, por ejemplo, la siguiente contradicción: Hay quien sostiene la tesis de la unidad a lo largo de la creación de Machado, y quién, la contraria, la de la evolución de esta misma obra creadora (26). ¿Quién acabará llevando el gato al agua? El estudio inicial de «Los Complementarios» inclina, parece ser que decisivamente, la balanza del lado de la primera tesis. Véase también la novísima interpretación que se hace, en este mismo número de Cuadernos Hispanoamericanos, del hasta hoy oscuro poema «Recuerdos de sueño, fiebre y duermivela», cuya madeja comienza a devanarse al hilo de un cuento escrito quince años antes en «Los Complementarios». La importancia de este primer cuaderno hace pensar en la urgencia de una búsqueda hasta hallar el segundo y tercero, a los cuales se hace referencia en éste y cuyo paradero se desconoce.

Junto con «Los Complementarios» se ha descubierto una considerable cantidad de manuscritos de Don Antonio, de texto inédito en su mayor parte, correspondientes a diversas etapas de creación. Alguno de ellos tiene fecha próxima a 1939. Tal es el caso de un cierto número de cuartillas del apócrifo Juan de Mairena, que no llegaron a incluirse en los números finales de la revista «Hora de España». Los hay también de los primeros años de estancia en Baeza, entre ellos, algunos apuntes sobre Historia de España, valorables no

(26) Ricardo Gullón: *Unidad de la Obra de Antonio Machado*. «Insula», núm. 40. Madrid, 1949.—José M.ª Valverde: *Evolución del sentido espiritual de la obra de Antonio Machado*. Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 11-12. Madrid, 1949.

mucho más que por haber sido redactados y escritos de puño y letra de Machado (27). Estos como aquellos papeles, sin más parentesco entre sí que el de su cronología y hallazgo, han sido recogidos bajo el epígrafe general de «Papeles póstumos», de los cuales se incluye una mínima muestra en la «Obra inédita» de este volumen.

Respecto a «Los Complementarios», título de un supuesto libro de poemas hasta hoy atribuído a Abel Martín, crece ahora ante nuestros ojos hasta convertirse quizás en la obra más preñada del pensamiento de Don Antonio, obra que abarca la creación de los veinticinco últimos años de su vida, y en la que se recoge todo el mundo apócrifo de las radicales otredades machadianas. En «Los Complementarios» Machado adquiere inusitada profundidad sondable por la claridad de su pensamiento creador. Baste decir que, más lejos de Martín y Mairena, existen complementariamente otros doce poetas más, con su biografía y obra escritas, que algún día conocerán público bautismo.

* * *

Hora es ya de que se justifique el título de estas notas. Se decía en la primera parte que Don Antonio Machado fué profesor agregado de Literatura en el Instituto de Baeza. Así es. En lo que sigue procuraremos presentar su «Cuaderno de Literatura», compendio de las lecciones que nuestro profesor de lenguas vivas dió sobre literatura española del siglo de oro.

El «Cuaderno»—decíamos—es una de esas libretas por demás humildes y escolares. Con su cubierta de negro hule protege hasta 52 folios rayados, escritos en su mayor parte. En su parte superior, la cubierta dice, en caracteres dorados: *Cuaderno*, y abajo: *Imprenta-Librería* ALHAMBRA. *Baeza*. No tiene fecha ni firma, y está bien conservado. Hay 51 folios escritos, más 9 en folio vuelto, al final, desde folio 43 v. a 51 v., y tres correspondientes a folios 5 v., 6 v. y 8 v.

(27) Como muestra curiosa de los pasatiempos caligráficos se publica en estas páginas copia de un documento autógrafo escrito en Baeza, y en el que se da cuenta sumariamente de la navegación de Magallanes y Elcano alrededor del mundo. El texto, más de estudiante de historia que de profesor de francés, no tendría mayor importancia si no se observara en él, ya en su arranque, un intento de grafía griega, perfilada de forma no muy hábil y con incorrecciones de bulto. A mitad de página se interrumpe el texto para dejar paso a nuevos ejercicios de alfabeto griego, esta vez letra por letra, práctica que vuelve a repetirse al final de la cuartilla. Llama la atención en primer grado el gracioso y un tanto pueril intento de escribir en griego el nombre de Fernando Magallanes, pero la curiosidad aumenta al comprobar la arbitrariedad de la grafía, no ya deficiente e inculta, sino deliberadamente heterodoxa. ¿Qué clase de solitaria broma se traía entre manos nuestro buen profesor de lenguas vivas, metido entonces a tergiversar las muertas?

Los cuatro primeros están escritos a lápiz de punta muy roma y con grafía torpe y desigual, como si hubieran sido trazados en postura incómoda (en la cama o quizás caminando). El manuscrito presenta en general caracteres muy varios como trabajados con plumas, tintas y estados de ánimos diferentes; no tiene tachaduras ni correcciones. El estilo es directo, seguro y concretísimo, y no hay repeticiones. Es indudable que los textos del «Cuaderno de Literatura» no están en su primera versión, sino trascritos de otra u otras anteriores. Así cabe deducirlo de algunos borradores hallados en cuartillas sueltas, y cuyo texto corresponde siempre a la transcripción definitiva, si bien en las anteriores abunda una mayor información biográfica y bibliográfica, que en el «Cuaderno» ha quedado reducida a límites muy concretos. Los juicios críticos, por fortuna, se conservan en toda su integridad.

Comienza el «Cuaderno» con D. Diego Hurtado de Mendoza, de quien se dice que es «una de las figuras más importantes de la Historia literaria y política de España», y termina con Luis Vélez de Guevara y su *Diablo Cojuelo*. Abarca, pues, siglo y medio de literatura española en el que se estudian los movimientos literarios que han trascendido a la posteridad: la novela picaresca, la escuela sevillana, los místicos, Cervantes y la novela moderna, Lope y el teatro nacional, Mariana y la historiografía, Góngora y el culteranismo, Quevedo y el conceptismo, Calderón y el drama... (28).

Dejando para terminar un corto análisis del método con que se trabajó el «Cuaderno de Literatura», damos copia a continuación de los más curiosos juicios críticos con que Don Antonio define y retrata las personalidades más excelsas de nuestra literatura moderna. Por razones de brevedad brindamos al lector las conclusiones de esta sabrosa lectura:

FRAY LUIS DE LEÓN

Su «Oda al apartamiento» muestra su alma contemplativa; su «Oda a Francisco Salinas» muestra una encantadora serenidad. Divina es su «No-

(28) Por su importancia en el campo de la valoración crítica literaria de Machado, he aquí los nombres a los cuales se dedica particular atención en el «Cuaderno de Literatura», notados según el orden de foliación: Diego Hurtado de Mendoza, Cristóbal de Castillejo, Antonio de Villegas, Francisco de Villalobos, Hernán Pérez de Oliva, Antonio de Guevara, Hernando Cortés, Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés, Bartolomé de las Casas, el bachiller Pedro Rúa, «El Lazarillo de Tormes», Juan de Avila, Baltasar de Alcázar, Juan Valdés, Lope de Rueda, Juan de la Cueva, Lupercio Leonardo de Argensola, la escuela de Boscán y Garcilaso, Fernando de Herrera, Fray Luis de León, Francisco de la Torre, Alonso de Ercilla, Pedro de Oña, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada, Gerónimo Zurita, Cervantes, Lope de Vega, Vicente Espinel, Mariana, Ribadeneira, Bartolomé Leonardo de Argensola, Góngora, Villamediana, Rodrigo Caro, Alonso de Ledesma, Quevedo y Luis Vélez de Guevara. En hoja suelta, Calderón.

che serena». Es el más perfecto de los líricos españoles. Sus versos no se publicaron hasta el 31 del XVII por Quevedo, quien quiso poner con ellos un contrapunto al culteranismo.

### Francisco de la Torre

En nada se asemeja a Quevedo. Es dulce y melancólico. Es un segundo Garcilaso.

### «La Araucana»

Primera obra de valor que se compuso en América. Es un excelente poema sobre el levantamiento de los Araucanos. Voltaire alabó el discurso del cacique Colocolo, y en los discursos de Caupolicán es grandemente elocuente. Hay descripciones hermosas.

### Cervantes

— Su erudición era escasa, y algunos pedantes se mofaban de él porque carecía de títulos.
— Le era necesario agradar para ganarse la vida. «Provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama.»
— «La Numancia» es la mejor de las piezas de Cervantes.
— Cervantes debió fracasar como dramaturgo.

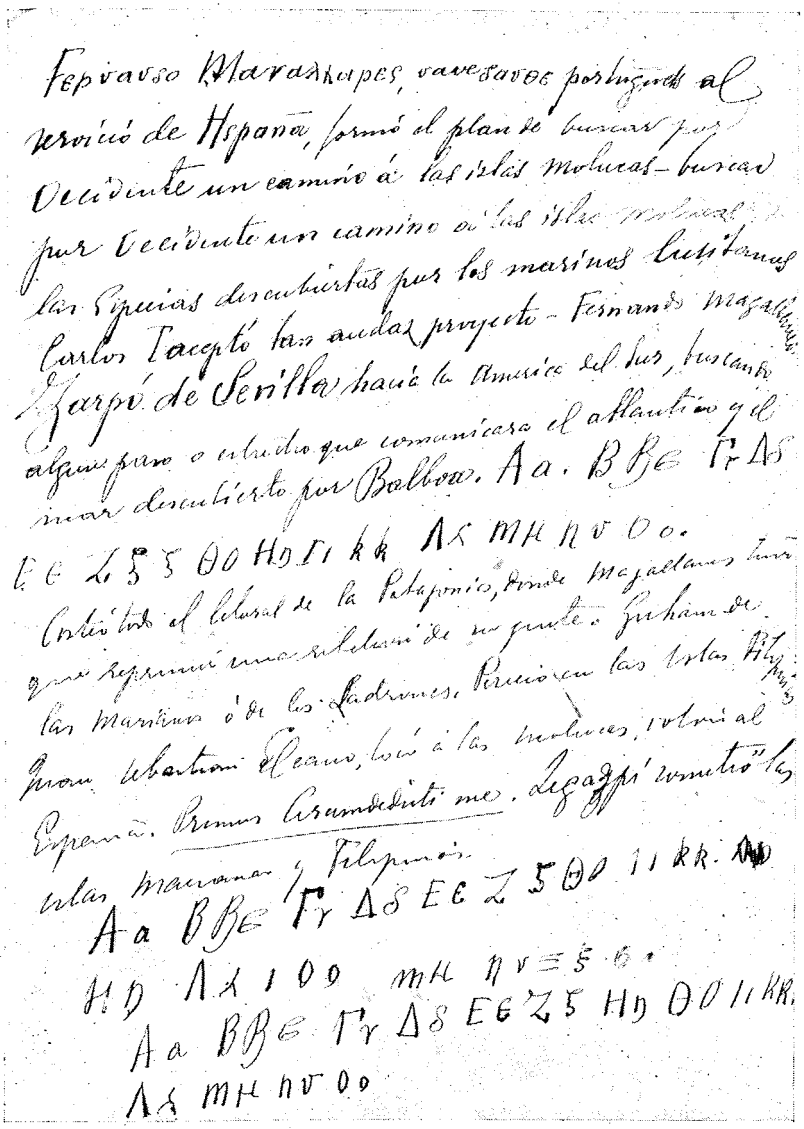
### El Quijote

El autor anuncia su propósito: «deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballería». Se le ha atribuído toda suerte de propósitos: un ataque contra la Virgen; una crítica de la Inquisición; un tratado filosófico; Sancho es el signo del pueblo o de los políticos; los molinos de viento son el error Maritornes, la Iglesia; Dulcinea, el alma objetiva de Don Quijote.

Cervantes es un maestro de invenciones, un humorista sin rival, consumado en la observación irónica, un creador casi tan grande como Shakespeare. Fué un artista mejor en la práctica que en la teoría, grande por sus facultades naturales, más bien que por las adquiridas. Es un maestro en la prosa castellana, claro, directo, enérgico; pero se cansa pronto y vuelve con facilidad a sus frases sobrecargadas de relativos inútiles. Su carácter es la naturalidad. Es inmortal por su potencia creadora. Se propuso escribir una buena historia cómica, pero el plan de su obra se agrandó ante sus ojos hasta comprender toda la comedia humana. Byron dijo que Cervantes, con su sonrisa, hizo desaparecer la caballería de España. La locura caballeresca había pasado ya cuando Cervantes escribió el *Quijote*.

Es posible que el mismo Cervantes no comprendiese el alcance de su obra. Hizo dos tipos eternos, pero sin ninguna intención esotérica. «Un livre monotone, d'une gaite de muletiers, ayant toujours le même goût d'ail et de proverbes» (Barbey d'Aurevilly). Don Quijote, como la *Ilíada* y *Hamlet*, pertenece a la literatura universal.

—*El coloquio de los perros* es una obra maestra.—Monopodio, jefe de una escuela de ladrones; Ganchuelo, que no hurta los viernes; Pipota, que da traspiés al poner velas a los santos. Sancho no habla mejor que Berganza al pasar revista a sus muchos amos.



*Autógrafo de Machado.*
Ensayo de grafía griega.
(Véase nota 27.)

— *La Arcadia* es falta y prolija, pero tienen gran encanto sus versos y su prosa latinizada.
— Su primer poema de alto vuelo es *La Dragontea*. El espíritu nacional que inspira *La Dragontea* es admirable.
— En sus cuatro *Soliloquios* se muestra religioso y pecador contrito.
— En *Sus pastores de Belén*, poeta de una sencillez y de un encanto supremos.
— «Siguió de alcahuete del duque de Sesa.»
— *La Dorotea*, acción dramática en prosa, de carácter autobiográfico, es una obra admirable, influída por *La Celestina*.
— *La Gatomaquia* es una brillante parodia de los poemas épicos italianos.

Lope de Vega se ejercitó en todos los géneros. Era un improvisador y un genio universal. Se dijo: «creo en Lope de Vega todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra». Dotó a España de un teatro nacional. Sin darse tono de filósofo ni de pedante, formuló su estética en el arte nuevo de hacer comedias. En teoría acepta las ideas seudo-aristotélicas del Renacimiento; en la práctica las rechaza, diciendo que no gusta de ellas el público que paga. Escribió 1.800 comedias, según Montalbán, y 400 autos sacramentales:

*más de ciento, en horas veinticuatro.*
*pasaron de las musas al teatro.*

Fué un genio creador. Adoptó la poesía popular al teatro, sustituyó las abstracciones por caracteres. Entre sus Autos, citaremos «La siega». Creó la comedia de capa y espada. Fué el primer gran creador de tipos femeninos. No poseemos más que un fragmento de su teatro, porque Lope no gustaba de publicarlo. Ningún dramaturgo español ha manejado el teatro de un modo más natural.

## MATEO ALEMÁN: El *Guzmán de Alfarache*.

Quizás el éxito de la novela se debe a las reflexiones morales que contiene. Sus aventuras «están contadas con un frío descaro que impresiona». La segunda parte del «Pícaro Guzmán» tiene escaso mérito, es un profundo estudio de la vida de los caballeros de industria. Sobrevive como modelo de lengua.

## LA PÍCARA JUSTINA

Tiene fama de lúbrico, su autor carece de ingenio y de inventiva. Su estilo es verboso y pedante.

## VICENTE ESPINEL

— Mal sacerdote y peor persona.
— Tuvo la virtud de escribir de lo que sabía bien.
— Sus «Diversas rimas» son poesías correctas y elegantes, con traducciones de Horacio.
— «El Escudero Marcos de Obregón» es un libro excelente en su género; está lleno de invenciones ingeniosas y de observaciones agudas y escrito con claridad. Voltaire sostuvo que «Gil Blas» era una traducción del «Bachiller», que fué traducido al francés.

QUEVEDO

— Genio de notable versatilidad.
— Manejaba la pluma como la espada.
— No era hombre que vendía su silencio.
—*Escritos políticos:* Obras de un hombre de Estado que a su vez era literato. Por desgracia, este literato es conceptista y ostenta allí todas las habilidades de su escuela: la pomposa paradoja, la antítesis forzada, el pensamiento constantemente rebuscado. El Quevedo natural y verdadero hay que buscarlo en otra parte. Ningún esfuerzo para crear caracteres; nada del tono moralizante de Mateo Alemán; lo que el libro contiene de interesante procede de la invención de crueles burlas y de la pintura descarnada de las picardías de Pablos. El sarcasmo y la siniestra brutalidad, el arte, el brío impudente del Buscón hacen de este relato uno de los libros más despiadados, más ingeniosos y más groseros del mundo.

CALDERÓN

— Los *Autos Sacramentales:* eran éstos, tal vez, las únicas obras que le interesaban.
—Desde la muerte de Lope de Vega hasta fines del XVII fué Calderón el rey del teatro español. Fué resucitado con gran fervor por los románticos del XIX. Goethe se enternecía hasta derramar lágrimas con las obras de Calderón. Schack se consagró a exaltar a Calderón.
— No tenía ni la lozanía y frescura de Lope, ni el poder creador y sabroso realismo de Tirso. Tomó de Lope y de Tirso. Sus *Cabellos de Absalun* son copia casi literal de *La venganza de Tamar,* de Tirso; *El médico de su honra,* de Lope, pasó a Calderón. *El Alcalde de Zalamea,* drama conmovedor y soberbio, está inspirado en *El mejor Alcalde, el Rey,* de Lope. Goethe decía que los caracteres de Calderón se parecen como soldados de plomo fundido en el mismo molde. Nadie le iguala en habilidad técnica ni en rasgos líricos.
— Los tres sentimientos cardinales de Calderón son: la lealtad al monarca; la devoción a la Iglesia, y el culto del honor. Y como estos sentimientos son radicalmente españoles, de aquí que podamos definir a Calderón por su acendrado española *(sic.)*
— No es la tragedia el fuerte de Calderón, sino más bien la comedia de capa y espada, y de enredo. Sus personajes son más bien tipos que caracteres, pero pintan magistralmente las costumbres de su tiempo.

* * *

El Machado del «Cuaderno de Literatura» muestra—según se ve, aún en potencia—la misma preocupación de saberes, analítica y definitoria, del Mairena. Estos juicios críticos extratados, con remisión frecuente a comentarios sobre tal cual obra de grandes mentalidades críticas europeas, nos lleva a la seguridad de que Don Antonio no fué lector de escasa bibliografía. Su opinión precisaba, por lo visto, de una contrastación con otras universalmente valoradas. Al gran amor que tuviera por la obra de Platón, Shakespeare, Cervantes, Calderón, Lope..., es justo unir el estudio atento de la crítica comparada, según la cual se sopesan criterios de época y autores, imprescindibles para la

recta valoración de la creación literaria. Unos cuantos ejemplos, extraídos del «Cuaderno de Literatura», confirmarán este aserto, así como la gran variedad de lectura de que se alimentaba Machado.

A propósito del *Quijote* se citan comentarios de Barbey d'Aurevilly, Flaubert, Heine, Byron y Turgueniev; de la *Numancia* dice que fué elogiada por Shelley y «hasta por Goethe», «y los románticos alemanes la pusieron por las nubes», y más lejos: «Fichte la utilizó en sus *Reden an die deutsche Nation.*

De José de Acosta y su *Historia natural y general de las Indias* escribe que sus «observaciones entusiasmaron a Humbold». Voltaire está presente en sus alusiones, elogiando el discurso de Colocolo en *La Araucana* o referido a la estancia de Ginés Pérez de Hita en París cuando éste «estuvo de moda en el Hotel Rambouillet, donde la bella Julia daba a Voltaire el apodo del Rey Chico».

De Quevedo apunta que «tuvo fuera de España fama de sabio», y de Santa Teresa, que «modernamente, en Inglaterra se la coloca a la altura de Cervantes». También llama la atención sobre la influencia del *Lazarillo de Tormes* en *David Copperfield* y sobre la inspiración satírica que Voltaire recibió del Conde de Villamediana.

Habla, en fin, de los estudios críticos de Ben Jonson sobre el *Pícaro Guzmán de Alfarache* y de Foulche Delbosc sobre *La pícara Justina,* y no es infrecuente topar en los textos del «Cuaderno de Literatura» con los nombres de Corneille, Scarron y Molière.

* * *

¿En qué coyuntura se redactó este «Cuaderno» y en virtud de qué circunstancias nuestro profesor de lengua francesa pasó a serlo simultáneamente de literatura? Pregunta es ésta a la que hoy no sabríamos contestar. Por los datos biográficos, nada concretos, que se disponen de la estancia de Don Antonio en Baeza (1912-1919), se sabe que Machado preparó su licenciatura por Madrid en la Facultad de Filosofía, hacia 1917. Bastante anterior a esta fecha debió ser su intento de traslado al Instituto de Cuenca, fallido por la intransigencia del ya mentado profesor anónimo. Según la obra fechada, los años 1913, 14 y 15 nos deparan un Machado popular, excursionista, filósofo y en general preocupado por la «actualidad» española. Del profesor, nada sabemos de seguro. Y cabe la pregunta: Machado, siendo profesor de Literatura en Baeza—uno de sus amores ocultos—¿habría pedido traslado a Cuenca sólo por estar más cerca de Madrid? Nos inclinamos a creer que nuestro profesor agregado, lo fué luego de la

intentona conquense, y que ésta no pudo producirse en los tres o cuatro primeros años de su estancia en Baeza. Nos inclinamos, con todas las reservas, claro está, a fechar el «Cuaderno de Literatura» hacia 1915, bastantes meses antes de la publicación de *Nuevas Canciones*, y quizás por la época de las excursiones de Don Antonio a las sierras andaluzas.

Enrique Casamayor.
Donoso Cortés, 65.
MADRID (España).